

En forma general, podemos afirmar que esta obra nos permite estudiar la modernidad en sus líneas más generales y seguir el curso de su evolución en el tiempo. Escrita en forma sencilla y didáctica, la obra es un recurso valioso en manos de estudiantes y docentes interesados en los procesos teóricos y literarios del mundo contemporáneo.

Varios autores.

Correo de la UNESCO.

Francia: Julio- Agosto 1993. 88 p. (Edición en Español).

Gonzalo Fraguí

A parte de sus acostumbradas secciones de Area verde, Crónica de Federico Mayor, Libros, Retratos, y entrevistas (en esta oportunidad al cineasta Oliver Stone), la importante revista **Correo de la UNESCO** trae en su edición de Julio-Agosto de 1993 el tema de **¿QUE ES LO MODERNO?**. Artículos de escritores, músicos, médicos, filósofos, ingenieros, que han aceptado la pista de la modernidad a partir de algunos indicios, lo audiovisual, el fragmento, la mirada, el desorden, lo minúsculo, lo novedoso, el sonido, lo extrafuerte, lo supersuave, lo invisible, aparecen en este número doble de marcado interés.

Organizados en secciones con nombres como **EL CAMBIO, LA DESMESURA, LA RUPTURA, UN TIEMPO DIFERENTE**, encontramos los trabajos «El imperio de lo nuevo», de la ensayista egipcia Aya Wassef; «El afán de miniaturización», de los diseñadores Arik Levy y Pippo Lionni, de la Escuela Nacional Superior de Creación Industrial de París; «Micro-Mega», de los profesores Yves Besuvois y Alexandra Poulain; «El triunfo del ícaro», del piloto francés Edmond Petit; «La mirada, la imagen, el reflejo», de la pintora egipcia Sonia Youham; «Pintar la manzana», del artista francés Nissim Mercado; «La vida superlativa», del profesor ghanés Reginald Fraser Amonoo; «Cuerpo reparado, cuerpo fragmentado», del profesor singapurense Bernard Teo; «Las barreras del sonido», del compositor canadiense R. Murray Schafer; «La tentación del

desorden», de los arquitectos Fernando Montes y Diego Montes; «La tercera orilla: un mito ambiguo», del profesor brasileño Roberto Damatta; «Las voces de la inventiva musical», de la musicóloga Isabelle Leymarie; «El narrador, el personaje y su sombra», del novelista británico Simon Lane; «La partitura en pedazos», del compositor estadounidense León Milo; y «Rimbaud, ladrón de fuego», del filósofo francés Sami Mair.

A pesar de la diversidad, quisiera detenerme brevemente en algunas reflexiones que surgen a partir de la lectura de trabajos que tocan algo «característico» de la modernidad, *el reinado absoluto de lo audivisual*, ya asomado de alguna manera por esta misma revista con el título de TELE-VISIONES, en la edición correspondiente a octubre de 1992.

El televisor es el nuevo becerro de oro. Esa pequeña pantalla ocupa el lugar privilegiado de la casa, el centro, ha desplazado la repisa de los santos, y está allí a la hora de dormir, de comer, como nuestra sombra, o ¿seremos nosotros su sombra?. La religión de lo directo, lo inmediato, el primer plano, trata de hacernos creer que estamos presenciando los acontecimientos «en pleno desarrollo», que vamos en la punta de un misil Patriot en la guerra del golfo. ¿Hubo tal guerra o fue un montaje de la CNN?

Pero quisiera llevar mi reflexión en dos direcciones: Una, el idioma Español tiene en su haber más de 70.000 palabras, sin embargo estudios recientes demuestran que la televisión venezolana no utiliza más de 800, creando en el espectador una mutilación en su capacidad expresiva, reduciendo su comunicación a frases preconstruidas y repetidas incesantemente en las producciones nacionales o en las pésimas traducciones de películas extranjeras.

Si partimos igualmente de la expresión de Pessoa de que «La Patria es la lengua», o la de don Alfonso Reyes, de que «La supervivencia cultural de América dependía de su apropiación de la lengua», y a pesar de que Umberto Eco plantea que toda nueva invención produce imitaciones en cadena y una especie de lenguaje común, creemos que se está produciendo una homogeneización, una standarización perjudicial, que identificaría fácilmente al televidente como aquella persona de escaso léxico, dificultando su comunicación.

La otra dirección a la que apunta mi interés tiene que ver lo que Jean Baudrillard llama «el contagio viral de las cosas por las imágenes» la dictadura del ojo-oír en detrimento, entre otras cosas, de los demás sentidos y de una cierta innación de la mente. Lo visual se ha convertido en un ambiente casi sonoro pero «aséptico»: una propaganda de la Benetton que muestra la casaca con orificio de bala y con sangre de un soldado croata muerto en Bosnia antes o después de una de mayonesa

No hay afectos ni diferencias. «Ni escena ni espejo. Apenas pantalla y red. Ni trascendencia ni profundidad, sólo la superficie inmanente donde se desarrollan operaciones, la superficie lisa y operacional de la comunicación», Baudrillard de nuevo. No hay comunicación, será el caso de la Gioconda: fascinados por su mirada no podemos mirarla.

En esta época de decretos de muertes ya alguien ha asomado la muerte de la publicidad, ¿será el comienzo y el fin de la cultura de la mirada?. ¿Derrotaremos por fin la escisión entre lo interior y lo exterior, entre el cuerpo y el espíritu, así como entre los individuos, o seguiremos derrochando nuestra soledad frente a la pequeña pantalla ahora con parabólica y con videoláser?, son algunas de las interrogantes que se me ocurren después de la lectura de esta excelente revista que, a pesar de Mac Luhan, a veces llega y a veces no.

